

## ERRATAS Y ERRORES HOMENAJE AL DEPARTAMENTO EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE AGUASCALIENTES EN EL VIGÉSIMOQUINTO ANIVERSARIO DE SU CREACIÓN

*Darío Villanueva*

Cuando celebramos la feliz efeméride de los primeros veinticinco años del Departamento Editorial de la mi querida Universidad Autónoma de Aguascalientes se cumple también, en lo que modestamente a mí me toca, el medio siglo de la publicación de mi primer libro, editado asimismo por la editorial de la universidad española en la que me licencié en 1972.

Entre los textos que desde entonces escribí y llegué a ver en estampa hay dos por los que siento especial predilección, ambos incluidos en el generoso catálogo –¡más de ochocientos títulos!– de Aguascalientes. Me refiero a mis ensayos de *Las fábulas mentirosas*, ya reeditado, y mi prólogo al libro para niños *Miguel de Cervantes. Don Quijote para quienes se inician en la lectura en Aguascalientes*.

Desde mi etapa como estudiante universitario, en los años sesenta del siglo pasado, en que el Fondo de Cultura Económica nos proveía de los libros hispanos y traducidos que en España no podíamos encontrar,

siempre admiré no sólo la generosa y cosmopolita política editorial mexicana sino también el primor y elegancia con que los libros impresos en tan admirado país hermano ostentaban. Cualidades que el Departamento Editorial de la UAA mantiene con todo escrúpulo, y buena razón puedo dar de ello por mi experiencia personal como autor de la casa.

No es tal logro fruto del azar. En la ciudad de Tecnochtitlán comenzó a operar en 1540 la primera imprenta de América, por iniciativa de fray Juan de Zumárraga, que acordó con Juan Cromberger el traslado desde Sevilla a la capital mexicana de su agente el italiano Giovanni Pauli, conocido como Juan Pablos.

Había transcurrido menos de un siglo desde que el alemán Juan Párix de Heilderberg había establecido, concretamente en 1472, la primera imprenta de España.

A este respecto, dada la relevante mención histórica que acabo de hacer a la ciudad castellana de Segovia, no me resisto a incluir en este mi texto de homenaje a la editorial universitaria hidrocálida una digresión, espero que no extemporánea en exceso.

Asistimos al fenómeno creciente de un revisionismo implacable del discurso institucional y social construido a base de los homenajes públicos que se han rendido a personalidades históricas en forma de monumentos, estatuas, condecoraciones, asignación de sus nombres a lugares o edificios, etc. El poscolonialismo multiculturalista ha hecho de ello caballo de batalla, y se ha fijado de modo especial en figuras vinculadas a la historia hispanoamericana. Pero no exclusivamente.

Hay un caso reciente, que se ha dado en España a través de las redes sociales. Veo en él, además, la confluencia de varios vectores, desde la que Robert Hughes denominaba “la cultura de la queja”, porque siempre hay que reivindicarse, por nosotros y nuestros antepasados, como víctimas de algo y de alguien, hasta la manipulación deliberada de la realidad para trabucarla conforme a designios políticos y convertirla en posverdad.

La cuestión se planteó cuando en pleno 2018 un economista y colaborador televisivo, no sabemos si de veras o en broma, proponía a través de un tuit la demolición del Acueducto de Segovia por “ser un símbolo

de la opresión de los romanos”, “del mayor símbolo de represión que ha existido en nuestra historia”, y rogaba amplia repercusión para su demanda en las redes sociales.

Y yo me hago a este respecto varias preguntas. Al dar pábulo y respuesta al ruego de “difusión para que el Gobierno derribe de una vez el acueducto de los opresores romanos” formulado por aquel internauta, ¿estaban en serio los 360 asiduos de la plataforma *change.org* que secundaron en poco más de tres días esta propuesta de dinamitar un bien declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1985, y que en 1884 ya había sido elevado a la categoría de Monumento Nacional?

¿Iba de farol, o no, uno de ellos, J. C. F. G., cuando escribía a propósito del Acueducto que “es un símbolo de la opresión Romana hacia el pueblo Ibero”? Y añadía: “No sólo creo en la demolición sino que también se debe restituir la memoria de todos los trabajadores que fueron esclavizados en esta obra. Y elevar una queja a la ONU, además de pedir al pueblo de Roma que indemnice a los descendientes de todos los que allí fueron oprimidos”.

Los organizadores de este merecido homenaje al Departamento Editorial de la Universidad de Aguascalientes me sugieren que aluda a la importancia del libro en el mundo académico. Y, aparte de lo más evidente –la transmisión y perpetuación del saber a través de la letra impresa– quisiera aprovechar esta oportunidad de oro para llamar la atención sobre otros dos vectores del asunto que tienen un carácter marcadamente posmoderno.

El protagonista de una de las novelas del gran George Steiner, titulada precisamente *Pruebas*, es un minucioso corrector de imprenta, que influido por el pensamiento rabínico daba a las erratas interpretaciones trascendentes y atribuía cabalísticamente todos los males del mundo a la transcripción errónea que un escriba hizo de una sola letra de la Biblia.

Agobiado (sin tan altas pretensiones) por todas las erratas que he tenido que digerir después de medio siglo de castigar las prensas, procuro simplemente no pensar más en ellas como amenaza y como evidencia recurrente. Porque a diferencia de la errata, que cuando se descubre es incontrovertible por su naturaleza de equivocación tipográfica, el error

puede ser considerado como tal por unos, pero todo lo contrario –incluso un acierto– por otros. En este sentido, mi fe de errores personal obedecerá únicamente a los designios del desprestigiado sentido común desde la perspectiva que me corresponde desde hace cincuenta años: la de profesor universitario.

El primero y más preocupante error que yo denunciaría debe identificarse con la llamada corrección política. Ya no son los poderes, políticos o religiosos, constituidos los que amenazan censuras, sino entidades gaseosas (o “líquidas”) agazapadas a la sombra de la sociedad civil. Y cuentan para ello con ciertas bendiciones intelectuales. Por ejemplo, la teoría de Herbert Marcuse formulada en un oxímoron: la tolerancia represiva. O la sentencia de Foucault, incluida en *El orden del discurso*, de que no tenemos derecho a decir todo, no podemos hablar de todo en cualquier circunstancia. En definitiva, su propuesta de que «quienquiera que sea no puede hablar, por fin, de sea lo que sea». Tan lacónica aseveración implica todo un modelo de censura como control textual que Stephen Packard traza de esta guisa: no digas ESTO; no digas esto DE ESTA MANERA; no digas esto EN ESTE CONTEXTO; TÚ no digas esto; y, por último, no digas esto HACIENDO ESO.

Semejante pandemia comenzó, como está cumplidamente demostrado, en los campus norteamericanos allá por los años setenta, y desde entonces se ha ido extendiendo más allá de los recintos universitarios contaminando de un neopuritanismo insólito al conjunto de la sociedad; sobre todo en el mundo anglosajón, pero no sólo en él. Junto a la muerte civil de los señalados en virtud de la también denominada *cancelación* y la denuncia de la *apropiación cultural*, por la que en Holanda se impidió de hecho que una traductora holandesa blanca se encargara de pasar al neerlandés los textos de Amanda Gorman, una joven poeta negra que leyó una de sus composiciones en el acto de toma de posesión del presidente Biden, es de destacar en esta línea un movimiento que se está dando también en las universidades, y en el que en mi opinión reside un error. ¡Qué gran error!

Me refiero al sometimiento a la corrección política de la libertad de cátedra de los profesores, a los que se prohíbe enseñar nada que pueda desestabilizar el equilibrio emocional de los jóvenes alumnos, para los que las aulas deben constituir en todo caso *safe spaces*: espacios seguros.

Está siendo objeto de numerosos comentarios por el mundo adelante el proyecto denominado "Iniciativa para la eliminación del lenguaje dañino" con el que se pretende erradicar en la Universidad de Stanford todas las manifestaciones verbales consideradas agresivas o perjudiciales, especialmente las racistas, violentas y sesgadas en cuanto a consideraciones étnicas y sexuales, o relacionables con cuestiones de género. A tal fin, la universidad ofrece en su página web una lista de palabras nocivas ("harmful") para cuyo reemplazo se ofrecen alternativas concretas con el propósito de que sean adoptadas por la comunidad académica.

En el apartado de las discapacidades, por ejemplo, "mudo" deberá ser desplazado por la forma compleja "no vocal" o "no verbal", pero la "blind review" que se suele aplicar a la aprobación de un artículo científico sin que el réferi conozca la identidad de su autor pasará a ser "revisión anónima", no "ciega". En cuanto a la "apropiación cultural", "gurú" dará paso a un simple "experto" por respeto a la tradición budista e hinduista, y se preferirá "red" o "familia" a "tribu", término que favorece la identificación de las indígenas con salvajes. Como ya habían propuesto hace tiempo los primeros diccionarios feministas, "chairman", "mailman" o "congressman" pasarían a ser "chair/mail/congressperson", así como "fireman" "firefighter". Los pronombres personales "he" y "she" desaparecerán en favor del "they", así como "seminal" ante "principal" o "destacado". El "estúpido" sería ahora "uncool", algo así como "nada sofisticado", y un matón ("thug"), "sospechoso". La "caja negra" de los aviones perdería su adjetivo a favor de "opaca" o "misteriosa", mientras que la "whitebox" se transmutaría en "caja visible" o "clara".

Muchas de estas soluciones de Standford contra las palabras dañinas estaban ya en una de estas primeras listas benéficas que marcó todo un hito. Me refiero a la publicada por la *Greater Manchester Police*, cuyo jefe prologaba el documento titulado *The Power of Language*. A

*Practical Guide to the Use of Language*. Lo que se pretendía ya en 2000 era respetar "las visiones y los sentimientos de los otros, y no usar un lenguaje que pueda ofenderlos". Pero la extraordinaria minuciosidad con que reseñaban lo decible y lo indecible, aportando la solución correcta en cada caso problemático, fue acogida con desigual anuencia por los propios policías. La guía que se les propuso contiene, efectivamente, un completo repertorio de indicaciones referentes a diversos tabúes, y enumera una larga lista de correspondientes eufemismos, como por ejemplo *elderly* y no *old* para "viejo". Exige tener sumo cuidado con todo lo que se relaciona también con la muerte, la enfermedad, las adicciones y las discapacidades. Un sordomudo será así un *deaf without speech*. El cadáver debe ser mencionado como "persona no viva" o "metabólicamente diferente". Los agentes tienen que verse frecuentemente con alcohólicos y drogadictos, pero nunca a un *drunkard* deberían llamarlo por este nombre, sino por la perífrasis "bebedor problemático", y un *junkie* sería para ellos un *substance abuser*, un *drugg addict* o un "desafiador químico". *Homosexual* es totalmente inaceptable por ser un término procedente de la ciencia médica. Los *bobbys* mancuñanos en la prestación de sus servicios se las ven frecuentemente con *homeless*, individuos "involuntariamente indomiciliados" por ser *poors*, es decir *deprived*. Y también con *convicts*, que en realidad deben ser considerados "clientes del sistema correccional" (en español, simplemente "internos"). Nunca dirán los agentes *whore* o *prostitute* sino "proveedora de servicios sexuales".

A este respecto, desde los mismos comienzos del fenómeno de la corrección política surgió otra expresión para designarlo: la de *higiene verbal*, puesta en circulación por Deborah Cameron. Se trataría de implementar un conjunto de prácticas "higiénicas" con el objetivo de depurar el idioma, para adaptar rigurosamente la propia estructura y los usos de la lengua a los ideales de belleza, verdad, eficacia, lógica, corrección y civilidad que determinados grupos sociales dicen profesar. En esta línea, más que de higiene verbal otros prefieren hablar de intervención abiertamente puritana para desinfectar el lenguaje. Algo que se había dado ya, a la luz de la Ilustración, con el rechazo de los revolucionarios franceses hacia el de-

nominado *abus des mots* cuando Helvétius alentó el proyecto de liberar el francés de los usos abusivos, las inconveniencias y los prejuicios.

La misma autora de *Verbal Hygiene* objeta, sin embargo, que en estas operaciones profilácticas, de antes y de ahora, van implícitos ciertos riesgos; por ejemplo, el someter el lenguaje a violencia y destruir la libertad de los hablantes pervirtiendo el significado de las palabras, o el trivializar la política por centrarse en la supuesta culpabilidad de lo que se dice y cómo se dice, y no en la realidad subyacente.

No menores reservas hacia los excesos de una *igiene verbale* manifiesta Edoardo Crisafulli, que no duda en hablar de un "oscurantismo anti-iluminístico", de un "bolchevismo cultural" que amenaza la libertad de palabra y somete a las mejores inteligencias a un "siniestro conformismo intelectual. Censura la *intimidazione publica* a que son sometidos los discrepantes de esta corrección, reos del ostracismo social y profesional. E identifica el movimiento, que considera acertadamente nacido en los campus norteamericanos bajo la influencia del multiculturalismo, como una expresión anacrónica del nominalismo escolástico, filosofía idealista según la cual la política de higiene verbal puede cambiar la realidad de las pulsiones sociales más ingratas e injustas. Pero en Estados Unidos un destacado *scholar*, Stanley Fish, milita desde el comienzo de estos debates en el bando de los que niegan que la libertad de expresión sea absoluta, un fundamento intocable, casi sacral, de la democracia, y acepta la legitimidad de los *Speech codes* impuestos por las autoridades universitarias en sus recintos, a lo que apunta la iniciativa de Stanford para la eliminación del lenguaje nocivo.

¿Por qué es fundamental el libro en el mundo académico? Entre otras cosas, precisamente para mantener enhiesta la bandera de la libertad de cátedra, la pluralidad del pensamiento y el valor genuino de las palabras sin mordaza como el Departamento Editorial de la Universidad Autónoma de Aguascalientes viene practicando desde hace veinticinco años.

*¿Por qué es fundamental  
el libro en el mundo académico?  
Entre otras cosas, precisamente  
para mantener enhiesta la bandera  
de la libertad de cátedra,  
la pluralidad del pensamiento  
y el valor genuino  
de las palabras sin mordaza.*

Darío Villanueva